

AGENDA CIUDADANA

EL ARTE DE LO IMPOSIBLE

Lorenzo Meyer

La Oposición Intransigente.

La política, dicen los sensatos, es el arte de lo posible; el arte de lo que es y no de lo que debería ser. En términos generales esta definición corresponde a la realidad, pero de tarde en tarde, alguien intenta hacer de la política el campo de lo imposible o, más bien, de lo que parece imposible. Generalmente el empeño fracasa, pero en el intento se ensancha la idea dominante de lo posible y la política normal asciende a un nuevo estadio.

Es la oposición de fondo la que generalmente define la política como algo más que el mero arte de lo posible; es la que opta por una acción basada en principios y no transige aunque sospeche que es el desastre y no el éxito lo que le aguarda al final de su camino. Esta forma de ver, tomar y hacer política -la que reta al sistema de frente, sin concesiones, la que no vacila en embestir a pesar de su debilidad-, es una que puede generar una gran energía política y ser razón del cambio, la piedra sobre la que se construye -generalmente por otros- el nuevo edificio moral y material donde se alojará la enorme, prudente y realista mayoría ciudadana.

En la historia abundan los ejemplos de aquellos que en nombre de una nueva moral política se consumieron en una lucha sin concesiones contra la hostil y dura realidad imperante. Visto de cerca, este esfuerzo resulta inútil, absurdo y hasta peligroso. Examinado desde la altura y a cierta distancia, se

descubre que puede ser un elemento necesario para que la colectividad avance un poco -solo un poco-, hacia formas menos duras y más justa de convivencia.

Hoy por hoy, en México, el desafío más directo a los enormes intereses creados a la sombra del autoritarismo, lo hace, en el plano de los partidos, el cardenismo. Fuera del sistema de partidos, en esa zona donde la política se juega con su elemento esencial -el de la fuerza-, el desafío lo sostiene el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) -el pequeño ejército loco, para usar el término que una vez se aplicó al ejército de Sandino-, que pese a estar cercado se niega al diálogo secreto propuesto por un gobierno al que no le reconoce legitimidad por estar asentado en un partido de Estado. Finalmente, en el campo de la Iglesia, esta posición corresponde a la corriente de la teología de la liberación que encabeza el obispo de Chiapas, Samuel Ruiz, en pugna constante con el gobierno, con el nuncio apostólico y con la enorme mayoría conservadora de los obispos mexicanos.

Tras las elecciones nacionales del 21 de agosto, se ha vuelto un lugar común afirmar -y el celebrar- que la intransigencia, la terquedad, el rencor, la falta de realismo y visión, llevaron al cardenismo al desastre político. En efecto, de segunda fuerza electoral en 1988 -y posiblemente primera-, el cardenismo cayó al tercer lugar en 1994. Y eso no es todo, el público y notorio esfuerzo de cooptación que está llevando a cabo el gobierno de Zedillo con las dirigencias del PRD, y la persistencia del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas en sus principios

originales, pueden dar por resultado que el cardenismo se aleje incluso del *maine stream politics* de su propio partido. En efecto, sólo una minoría de legisladores perredistas secundó al ingeniero Cárdenas cuando éste se manifestó en contra de la idea de un encuentro de diputados y senadores del PRD con Ernesto Zedillo. Si nunca el cardenismo abarcó a todo el PRD, ahora menos.

En Chiapas, el EZLN y la movilización a que su aparición dio lugar, no pudieron finalmente impedir que se declarara triunfante al candidato del partido del Estado, Robledo Rincón, personaje que sirvió a ese puñado de gobernadores chiapanecos que hoy son un descrédito para su propio partido y ejemplos vivos de mal gobierno, abuso del poder, irresponsabilidad y prepotencia. Dentro de la Iglesia católica -una iglesia históricamente conservadora-, el obispo Samuel Ruiz y la teología de la liberación -esa que concientemente opta por los pobres, los marginados, los indígenas- libran una batalla de retaguardia, quizá la última, en contra de quienes quieren silenciarlos.

La Fuerza de la Política de Principios.

En política, se afirma, y Maquiavelo lo avala, lo que cuenta son los resultados y no las intenciones ni los móviles. Desde esta perspectiva, Cuauhtémoc Cárdenas, el EZLN o el obispo Ruiz, son malos políticos, pues o son perdedores o están a punto de serlo. El EZLN, por ejemplo, se encuentra en una situación de victoria imposible, como lo admitió el propio subcomandante Marcos en su comunicado del pasado día 6: "Enfrentados (los miembros del EZLN) como ejército regular a otro ejército regular

que nos supera en hombres y armamento, aunque no en moral, nulas son las posibilidades de éxito".

En efecto, Cárdenas, el EZLN o el obispo de Chiapas, no están en la cresta de la ola política, pero sin el enorme esfuerzo que ellos y los suyos desplegaron por años, sin la desigual lucha que libraron y siguen librando, esa ola -la tendencia al cambio democrático- no se hubiera levantado. Sin la presencia y sin la lucha por una política de principios, muchos de los que hoy ven abrirse las puertas a la participación política, quizá hubieran permanecido donde estaban: fuera. Un buen ejemplo de lo anterior es el caso del PAN.

Nadie puede negar que uno de los grandes ganadores de los últimos seis años es, sin duda alguna, el Partido Acción Nacional. Desde su fundación y por largo tiempo, el PAN fue menos un partido político y más un grupo de presión en favor de la democracia, jugó a la política de principios y pagó el costo: la marginación. Cuando tuvo lugar el desastre lopezportillista, el PAN y el neopanismo se abrieron a pulso un espacio mayor. El gobierno de Miguel de la Madrid reaccionó y en 1986 diseñó un espectacular "fraude patriótico" para impedir el arribo del PAN a la gobernatura de Chihuahua. Todo cambió el 6 de junio de 1988, el gobierno y el partido de Estado se encontraron con que había un enemigo mucho más peligroso que el PAN: el cardenismo.

Tras la enorme y sorpresiva fuerza mostrada en las urnas por Cuauhtémoc Cárdenas y su Frente Democrático Nacional en 1988, el gobierno de Salinas dejó de ver en el PAN el enemigo a derrotar y descubrió al aliado potencial, el que le podía permitir remontar

la ilegitimidad de su elección, neutralizar la fuerza del cardenismo y apoyar su proyecto económico neoliberal. La buena voluntad mostrada a partir de entonces por el salinismo hacia el partido que por decenios fue el enemigo favorito del PRI, tuvo expresiones concretas: el reclamo democrático panista fue parcialmente satisfecho en Baja California, Guanajuato, Chihuahua y en un buen número de municipalidades.

Por su parte, y sobre todo desde la desaparición de Manuel Clouthier, el PAN optó por definir como su enemigo principal no al PRI ni al régimen del que éste es parte central, sino al PRD en general y al cardenismo en particular.

Recientemente, Jaime Avilés publicó el contenido de unos casetes donde está gravada, entre otras, una conversación entre Roberto Madrazo, candidato del PRI a la gobernatura de Tabasco y Juan Gabriel Valencia, asesor de Esteban Moctezuma, actual secretario de Gobernación (El Financiero, 1° de diciembre). De esa transcripción se desprende con brutal claridad, que Madrazo buscó y logró negociar con la dirigencia del PAN, el que a cambio de elecciones limpias en Jonuta, municipio tabasqueño donde el PAN consideraba tener posibilidades de triunfo, se impidiera un posible frente común PAN-PRD en Tabasco. Lo ocurrido y documentado allá en el sur, explica lo que ha sucedido a nivel nacional: fue la lucha contra el cardenismo lo que obligó al gobierno y a su partido a reconocer algunos, no todos, los triunfos del PAN y a tomar en cuenta en el Congreso el punto de vista de los legisladores panistas.

La democratización selectiva de México por la vía del PAN no se puede explicar sin tomar en cuenta el esfuerzo cardenista. Esta democratización no corresponde, desde luego, a la meta del panismo original -poner fin al régimen de partido de Estado-, pero tampoco se puede negar que significa un avance en la lenta marcha de la sociedad mexicana hacia la modernización política. Sin el cardenismo, lo más probable es que el PAN seguiría siendo el objeto de la acción fraudulenta del gobierno, como lo fue en el sexenio de 1982 a 1988 y en todos los anteriores. Tan buen resultado dio la conversión del gobierno respecto del PAN durante el salinismo, que ahora el zedillismo la está aplicando en relación al PRD.

Sin el cardenismo, el neoliberalismo tecnocrático salinista no se hubiera visto forzado a inventar el Programa Nacional de Solidaridad y a aceptar un gasto social que el gobierno de Miguel de la Madrid simplemente rechazó. Sin el cardenismo y sin el EZLN, no es posible imaginar la reforma política de 1994 que dio cabida dentro del aparato burocrático electoral -el IFE- a ciudadanos sin partido. Sin el EZLN y la acción de la iglesia chiapaneca, tampoco es posible imaginar la preocupación que el nuevo presidente mostró en su discurso de toma de posesión por las condiciones de pobreza y marginación en que viven los grupos indígenas.

Los Verdaderos Ganadores.

Muy pocas veces la política de principios triunfa, y menos aún cuando ese juego del poder se desarrolla desde la oposición. Se trata de hacer un esfuerzo extraordinario en una empresa con

pocas, casi nulas, posibilidades de éxito. Sin embargo, tras ese esfuerzo el campo de lo posible se ensancha y las nuevas condiciones no volverán a ser las mismas de antes.

La política de principios es dura, requiere una buena dosis de altruismo y un poco de locura; es una cuyos beneficiarios sólo la reconocen hasta que todo ha quedado atrás; es peligrosa, pero no es estéril. Sin ella, sociedades como la nuestra no hubieran avanzado lo poco que se ha avanzado en el camino de la justicia, la equidad y la libertad.